

BOLETÍN  
DE LA  
ACADEMIA  
NACIONAL  
DE LA  
HISTORIA



N° 412  
TOMO CIII

OCTUBRE-DICIEMBRE  
2020



BOLETÍN  
DE LA  
ACADEMIA  
NACIONAL  
DE LA  
HISTORIA



N° 412

OCTUBRE-DICIEMBRE  
2020

### **COMISIÓN DE PUBLICACIONES**

Dr. Elías Pino Iturrieta  
Dr. Pedro Cunill Grau  
Dra. Inés Quintero Montiel  
Dr. Germán Carrera Damas

### **COMITÉ EDITORIAL**

Dra. Carole Leal Curiel  
Dra. Inés Quintero Montiel  
Dr. Manuel Donís Ríos

### **ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA**

BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA  
CARACAS-VENEZUELA  
OCTUBRE-DICIEMBRE 2020

### **COMPILACIÓN**

María del Consuelo Andara D.

### **DIAGRAMACIÓN**

Consuelo Iranzo

### **DEPÓSITO LEGAL**

ISSN 02547325

**ESTA EDICIÓN HA SIDO FINANCIADO BAJO LOS COAUSPICIOS DE LA FUNDACIÓN BANCARIBE PARA LA CIENCIA Y LA CULTURA Y LA ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA.**

## **ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA**

CARACAS – VENEZUELA

(Fundada el 28 de octubre de 1888)

### **INDIVIDUOS DE NÚMERO**

- I. GUILLERMO MORÓN
- II. CARLOS F. DUARTE
- III. MARIO SANOJA OBEDIENTE
- IV. MARIANELA PONCE
- V. JOSÉ DEL REY FAJARDO
- VI. ELÍAS PINO ITURRIETA
- VII. JOSÉ RAFAEL LOVERA
- VIII. PEDRO CUNILL GRAU
- IX. INÉS MERCEDES QUINTERO MONTIEL
- X. GERMÁN CARRERA DAMAS
- XI. MARÍA ELENA GONZÁLEZ DELUCA
- XII. EDGARDO MONDOLFI GUDAT
- XIII. MANUEL DONÍS RÍOS
- XIV. MARÍA ELENA PLAZA DE PALACIOS
- XV. DIEGO BAUTISTA URBANEJA
- XVI. ROGELIO PÉREZ PERDOMO
- XVII. TOMÁS STRAKA
- XVIII. CAROLE LEAL CURIEL
- XIX. P. LUIS UGALDE, S.J.
- XX. GUSTAVO VAAMONDE
- XXI. CATALINA BANKO
- XXII. REINALDO ROJAS
- XXIII. OCARINA CASTILLO D'IMPERIO

### **JUNTA DIRECTIVA 2019-2021**

**DIRECTORA:** DRA. CAROLE LEAL CURIEL

**PRIMER VICE DIRECTOR:** DR. EDGARDO MONDOLFI GUDAT

**SEGUNDO VICE-DIRECTOR:** DRA. INÉS QUINTERO MONTIEL

**VICE DIRECTOR SECRETARIO:** DR. GUSTAVO VAAMONDE

**VICE-DIRECTOR ADMINISTRATIVO:** DRA. CATALINA BANKO

**VICE-DIRECTOR DE PUBLICACIONES:** DR. MANUEL DONÍS RÍOS

**VICE-DIRECTOR BIBLIOTECARIO-ARCHIVERO:** DR. TOMÁS STRAKA H.

Los Académicos de Número y miembros correspondientes son colaboradores natos de este Boletín. La colaboración de todos los autores es arbitrada. Ni la Academia Nacional de la Historia ni la Comisión Editora de su Boletín son necesariamente responsables de las ideas expresadas por los colaboradores.

# ÍNDICE

- Pag. 5 ——— **PRESENTACIÓN**
- Pag. 9 ——— **ESTUDIOS**
- Pag. 10 ——— **EL CUASI-BOMBARDEO DE CARACAS EN 1948:  
DICTADORES, EXILIADOS Y PROYECTOS  
CONTRARREVOLUCIONARIOS PROPIOS**  
AARON COY MOULTON
- Pag. 45 ——— **HASTA EL ÚLTIMO DÍA DEL GOBIERNO DE LYNDON B.  
JOHNSON**  
GUILLERMO GUZMÁN MIRABAL
- Pag. 66 ——— **MIRANDO AL NORTE: ESTADOS UNIDOS EN LA  
MIRADA DEL PEREGRINO VENEZOLANO RAMÓN PÁEZ  
(1851-1871)**  
JESSICA PAMELA GUILLÉN ARAQUE
- Pag. 101 ——— **CONFERENCIA “JOSÉ GIL FORTOUL”:  
DEL RÍO DE LA PLATA A TIERRA FIRME. DIPLOMACIA  
Y POLÍTICA EN EL MISTERIOSO CAMBIO DE RUMBO DE  
LA EXPEDICIÓN DE PABLO MORILLO**  
MARCELA TERNAVASIO
- Pag. 122 ——— **BASES DE LA 8<sup>VA</sup> BIENAL PREMIO  
RAFAEL MARÍA BARALT 2020-2021**
- Pag. 130 ——— **NORMAS DE PUBLICACIÓN DEL BOLETÍN:  
INSTRUCCIONES PARA LOS AUTORES**

**7 CONFERENCIA “JOSÉ GIL FORTOUL”**

# **7 DEL RÍO DE LA PLATA A TIERRA FIRME DIPLOMACIA Y POLÍTICA EN EL MISTERIOSO CAMBIO DE RUMBO DE LA EXPEDICIÓN DE PABLO MORILLO**

MARCELA TERNAVASIO<sup>1</sup>

102

Agradezco calurosamente a todos los miembros de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela por el honor que me han conferido al proponer mi nombre para dictar la Conferencia Anual de la Cátedra “José Gil Fortoul”. En esta fecha conmemorativa para vuestra Academia, que hoy cumple 132 años, y en el marco de la extraordinaria situación de pandemia que ha dejado al mundo en suspenso, celebro este encuentro al que nos habilitan las plataformas virtuales con las que nos hemos familiarizado en un aprendizaje acelerado. La emoción de estar aquí con ustedes se amplifica, pues, frente al encierro obligado al que nos ha condenado –al menos por ahora– el Covid 19 y ante la oportunidad de poder compartir, a pesar de todo, este momento que recupera la “cultura de la conversación” de la que se nutre la producción del conocimiento histórico.

Cuando la Directora de esta venerable institución, la colega y amiga Carole Leal Curiel, me transmitió la invitación, imaginé varios temas posibles para presentar en esta conferencia. Finalmente, como indica el título, decidí recortarlo en un acontecimiento puntual que involucró tanto al territorio venezolano y neogranadino como al rioplatense, y que forma parte de una investigación más general sobre el impacto de la primera Restauración europea en los procesos de independencia hispanoamericanos, con especial énfasis en el Atlántico Sur y en sus conexiones transatlánticas.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (Universidad Nacional de Rosario/ CONICET).

<sup>2</sup> El texto mantiene el formato original de la conferencia que pronuncié en la Academia Nacional de la Historia de Venezuela el 28 de octubre de 2020 y constituye

Dicho esto, comienzo mi exposición con un lugar común muy difundido en la historiografía argentina: el que suele destacar la excepcionalidad que experimentó la capital del Virreinato del Río de la Plata, luego capital del orden revolucionario, de no haber sido nunca reconquistada ni ocupada por las fuerzas realistas españolas, como ocurrió en el resto de los centros insurgentes e independentistas hispanoamericanos. Esa excepcionalidad se debe, en gran parte, a que la expedición al mando de Pablo Morillo, supuestamente destinada a Buenos Aires, se dirigió a Venezuela y Nueva Granada. La naturalización de este desenlace, que *salvó* a la revolución rioplatense, como la *salvó* el pronunciamiento de Rafael de Riego en España cinco años después, condujo a la historiografía local a desinteresarse del tema por mucho tiempo, en sintonía con los moldes nacionales con los que se reconstruyeron los episodios del temprano siglo XIX. Para estas perspectivas se trataba de un asunto que concernía a las historiografías española, venezolana y colombiana. Sin embargo, a más de doscientos años de aquel acontecimiento, la secreta decisión acerca del destino de la primera gran empresa de reconquista luego de la restauración de Fernando VII al trono continúa despertando dudas y preguntas irresueltas tanto a escala global como regional.

103

En las reflexiones que siguen no pretendo develar ninguna clave para descifrar el misterio del cambio de rumbo sino presentar las tramas políticas y diplomáticas que se tejieron a ambos lados del Atlántico en torno a la versión del arribo de Morillo al Río de la Plata. Bajo la sombra de aquella hipótesis fallida es posible trazar algunas de las alternativas truncadas que se jugaron en la coyuntura crucial que abrió la restauración europea y revisar las interpretaciones construidas *ex post*, cuando las independencias hispanoamericanas terminaron triunfantes.

---

un pequeño adelanto del resultado de la mencionada investigación que saldrá publicado próximamente en un libro de mi autoría, bajo el título *Las independencias hispanoamericanas en suspenso. Una historia en tiempo presente*, en una coedición de Siglo XXI editores (Buenos Aires) y PUZ (Zaragoza).

Como sabemos, los relatos canónicos destacan que la sorpresa del cambio de rumbo impactó primero entre los tripulantes y soldados de la expedición. Es bien conocido que luego de varios días de navegación, un pequeño bote con dos oficiales a bordo comenzó a recorrer los buques con el objeto de transmitir la novedad: la flota no tomaría la dirección del Atlántico Sur, como todos creían, sino la de Tierra Firme. Así lo indicaban los pliegos reservados del monarca que acababan de abrirse a esa altura del viaje. Según las *Memorias* de Rafael Sevilla, un oficial del ejército español, la noticia causó consternación entre la soldadesca. La información que tenía la tropa era que, en el Río de la Plata, los focos insurgentes estaban divididos y que uno de ellos esperaba la expedición para apoyarla; en Costa Firme, en cambio, la guerra era feroz y sin cuartel.<sup>3</sup>

104

El dato que circulaba entre los soldados sobre la situación rioplatense no carecía de fundamentos. Allí, el bloque revolucionario venía agrietándose desde 1811 entre dos tendencias en pugna: la que dominaba en la capital porteña, con un proyecto centralista para el futuro orden político, y la que lideraba José Gervasio Artigas desde la Banda Oriental, que defendía un orden confederal. La grieta se hizo más profunda a comienzos de 1814, cuando Artigas se retiró –también misteriosamente– del sitio que venía sosteniendo junto a las fuerzas de Buenos Aires contra la plaza realista de Montevideo, donde se asentaba el Apostadero Naval español. En junio de ese año, el gobierno directorial terminó venciendo al enclave leal y se hizo dueño de la Provincia Oriental. Artigas procuró rearmarse, buscando apoyos en las provincias del litoral ubicadas entre los ríos Uruguay y Paraná, mientras las disputas entre ambas tendencias continuaron en los meses siguientes.

La información que poseía la tripulación de Morillo, que uno de los focos insurgentes los apoyaría en su empresa, se basaba, pues, en las sospechas que había despertado el comportamiento de Artigas y el

---

<sup>3</sup> Rafael SEVILLA, *Memorias de un oficial del ejército español. Campañas contra Bolívar y los separatistas de América*. Madrid: Ed. América, 1916, pp. 23-24.

de su primo, lugarteniente y hombre de confianza, Fernando Otorgués, en el desenlace del sitio y, sobre todo, en las tratativas diplomáticas que ambos llevaron adelante durante los meses siguientes en el gobierno de Brasil, donde se alojaba la corte de Braganza desde 1808. Detengámonos brevemente en esta primera trama de conexiones dentro del corredor luso-hispano-criollo, con epicentros en Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro.

Las sospechas sobre el intempestivo retiro del sitio por parte de las fuerzas de Artigas –conocido como la “marcha secreta”– las abrigó tanto la dirigencia porteña como el embajador británico en Brasil, lord Strangford, quien venía trabajando en la firma de un armisticio entre los leales montevideanos y los revolucionarios rioplatenses. Strangford atribuyó el fracaso de las tratativas pacificadoras a la conjetura de un pacto de colaboración entre las autoridades realistas y los líderes artiguistas para vencer conjuntamente al gobierno directorial. No sabemos si dicho pacto existió, pero sí sabemos que, en cualquier caso, no logró evitar el triunfo porteño y que los rumores continuaron circulando, especialmente cuando el propio Otorgués los confirmó a través de los dos agentes diplomáticos que envió a Río de Janeiro con el objeto de requerir ayuda y protección de Portugal.

105

En las instrucciones que les impartió a sus representantes, el lugarteniente de Artigas ratificaba la sospecha de las autoridades de Buenos Aires de haber auxiliado al capitán de navío realista, que con su escuadra defendía la plaza contra el ejército sitiador, en el momento previo a la caída de Montevideo. Pero, además, en esas instrucciones, Otorgués rendía una indeclinable e indisimulada fidelidad y sumisión a Fernando VII y destacaba que su enemigo y el del rey era el foco revolucionario de Buenos Aires.<sup>4</sup> En todas sus comunicaciones afirmaba estar autorizado por Artigas para llevar adelante la misión, aseguraba la devolución de la

---

<sup>4</sup> “Instrucciones impartidas por F. Otorgués a J.B. Redruello y J.M. Caravaca”, Campo Volante sobre Casupá 13/9/1814, Archivo Artigas (AA), t. XVIII, p. 178.

Provincia Oriental “a su legítimo dueño”—el monarca español— y con esas credenciales pidió refugio para sus tropas en el sur de Brasil, que le fue inmediatamente otorgado por el gobernador de Río Grande en vista “de que el General Artigas se declaraba del partido del Rey”.<sup>5</sup> De allí en más, en los meses que transcurrieron entre septiembre de 1814 y abril de 1815, Otorgués mantuvo la promesa de colaborar activamente con la Expedición Pacificadora de Morillo para aniquilar a su enemigo interno, el gobierno de Buenos Aires, que además de adueñarse de la ciudad amurallada perseguía de manera implacable a las debilitadas fuerzas artiguistas.

106

Los comisionados orientales encontraron muy buena recepción entre los representantes más allegados del gobierno español en Brasil. En primer lugar, en el encargado de negocios de España, Andrés Villalba, designado por Fernando VII luego de su regreso al trono. Villalba daba por cierta la versión que circulaba a ambos lados del Atlántico de que la empresa militar que se estaba preparando en la península arribaría al Río de la Plata, y especulaba con la división del bloque revolucionario. A tal efecto, consideró conveniente auxiliar a Artigas y se mostraba optimista al observar que la restauración del monarca había provocado, según sus reportes, la defección de muchos rebeldes, y por ello auguraba que la expedición española no necesitaría más de seis mil hombres para destruir al gobierno de Buenos Aires.<sup>6</sup> En esa dirección, le informaba al ministro de estado español que prevendría a Otorgués para que “en ciertos puntos tenga dos mil o tres mil caballos, y una porción de ganado para que todo pueda servir para la expedición de tropas luego que desembarque en estas provincias del Río de la Plata”.<sup>7</sup> A pesar de los escasos recursos con que contaba la legación, Villalba prometió enviar auxilios a los artiguistas para la causa común que los reunía.

---

<sup>5</sup> “Informaciones recibidas por M. Marqués de Sousa”, Bagueé 24/10/1814, AA, t. XVIII, p. 110.

<sup>6</sup> A. Villalba al duque de San Carlos, Río de Janeiro 29/11/1814, AA, t. XVIII, p. 197.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 205.

En segundo lugar, la misión oriental cosechó verdaderos éxitos con la infanta Carlota Joaquina de Borbón, hermana mayor de Fernando VII y esposa del príncipe regente de Portugal. Uno de los comisionados le informaba a Otorgués que la princesa es “su mejor protectora”.<sup>8</sup> En efecto, Carlota había decidido apoyar a los artiguistas, a pesar de que su situación en la corte de Braganza no era la más óptima. La infanta vivía separada de su marido y las relaciones con el príncipe regente y con el gabinete luso estuvieron siempre atravesadas por los conflictos y la mutua desconfianza. Pero desde la caída de Montevideo, Carlota se rodeó de un grupo de exiliados realistas y muchas de las acciones que emprendió en favor de la política contrarrevolucionaria se hicieron a espaldas de su esposo y del propio representante diplomático español en Brasil, con quien mantuvo relaciones ríspidas.

Para ella princesa, la única respuesta al foco insurgente era la estrategia militar, y así se lo transmitía a su hermano en la correspondencia que mantuvo desde su restauración al trono, en la que lo conminaba a dar “pronto remedio” al conflicto en el Río de la Plata porque de lo contrario debía decirle “adiós a América del Sur”.<sup>9</sup> Convencida de que la expedición de Morillo arribaría a Montevideo, se involucró de lleno en el asunto y junto con la camarilla de desterrados que la rodeaba proyectó disponer de la corbeta Abascal, que debía dar a la vela hacia España, para enviarla a Santa Catalina cargada de fusiles destinados a las fuerzas revolucionarias orientales. Carlota mantenía informado a Fernando VII de su decisión de apoyar a Artigas y Otorgués con “auxilios de armas y otros pertrechos de guerra”, porque “trabajan a tu favor”, y de esta manera “se tiene mucho adelantado para la llegada de las tropas españolas”.<sup>10</sup> El gabinete español, anoticiado de estas tratativas y de la conveniencia de premiar

107

<sup>8</sup> B. Redruello y J.M. Caravaca a F. Otorgués, Río de Janeiro 12/1/1815, AA, t. XVIII, pp. 381-383.

<sup>9</sup> Carlota Joaquina a Fernando VII, Río de Janeiro 8/07/1814, ARCHIVO GENERAL DE PALACIO REAL, MADRID (AGPR), Sección Reinados, Fondo Fernando VII, Caja 38, exp. 1.

<sup>10</sup> Carlota Joaquina a Fernando VII, Río de Janeiro 26/1/1815, AGPR, Sección Reinados, *ob. cit.*

con honores a los nuevos aliados platenses, se movió en consecuencia y logró que Fernando VII designara a José Artigas y Fernando Otorgués, respectivamente, “Coronel vivo (y efectivo) de Caballería de Línea de mis Ejércitos, con el sueldo señalado a este empleo en el último Reglamento”.<sup>11</sup>

108

A la luz de estas evidencias, retomemos el estupor de la soldadesca de la expedición pacificadora el día que, en alta mar, tomaron conocimiento de su verdadero destino. Como adelanté, los rumores de que una de las fracciones revolucionarias rioplatenses apoyaría la empresa de reconquista se condicen con las tratativas descriptas, las cuales parecen haber sido utilizadas para convencer a los miembros de aquel ejército de que no estarían solos en la contienda. Un ejército que había luchado con bravura contra el imperio francés, y cuya oficialidad –o al menos buena parte de ella– había sido ganada por los grupos liberales que lideraron el ensayo constitucional gaditano; un ejército que el rey pretendía neutralizar en América a través de una guerra colonial de alta intensidad para no comprometer los alcances de la reimplantación absolutista en la península, según postula Juan Marchena en sus investigaciones sobre el tema<sup>12</sup>. Las expectativas creadas en torno a la división del foco insurgente no fueron, sin embargo, determinantes a la hora de definir el rumbo de la flota de Morillo.

¿Qué razones incidieron para que el destino se desplazara hacia Tierra Firme? ¿Hubo, en realidad, un cambio de rumbo, o el objetivo de arribar a Venezuela estuvo fijado casi desde los momentos iniciales en que el monarca tomó la decisión de descartar las vías negociadoras con los insurgentes para lanzarse a una reconquista de los territorios de ultramar por la fuerza de las armas? Estos interrogantes, formulados una y otra vez

<sup>11</sup> Palacio Real de Madrid 10/2/1815, AA, t. XVIII, p. 247.

<sup>12</sup> Juan MARCHENA, “¿Obedientes al rey y desleales a sus ideas? Los liberales españoles ante la ‘reconquista’ de América durante el primer absolutismo de Fernando VII, 1814-1820”, en Juan MARCHENA y Manuel CHUST (eds.), *Por la fuerza de las armas. Ejército e independencias en Iberoamérica*. Castellón: Universidad Jaume I, 2008; del mismo autor, “El juego de los tronos, 1815. Morillo y la deseada guerra del rey”, en Rodrigo GARCÍA ESTRADA y Juan Felipe CÓRDOBA-RESTREPO (eds.), *1816: El terror y la sangre sublime*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2016, pp. 33-55.

por la historiografía, siguen siendo un asunto oscuro sobre el que vale la pena regresar. En las versiones mejor instaladas que intentan responder a las preguntas recién enunciadas figura en primer plano la tesis de la impostura. Michael Costeloe, estudioso de los planes de reconquista españoles, afirma que “todo el proceso de consulta y la referencia pública al Río de la Plata como el primer objetivo parece haber sido concebido para engañar a los numerosos observadores americanos, tanto dentro como fuera de España”.<sup>13</sup> En este punto, Costeloe cita y sigue las hipótesis de Edmundo Heredia, uno de los autores que ha estudiado el tema en mayor profundidad. A partir de una exhaustiva investigación, Heredia recorre las diversas explicaciones que se dieron al supuesto cambio de rumbo de la expedición de Morillo, realizado en el mayor hermetismo, y avanza sus propias conclusiones avalado por un voluminoso corpus documental que, según aclara, es el que ha “subsistido en los archivos españoles”.<sup>14</sup> Desde ese corpus postula que todo el sigilo y ocultamiento habría estado motivado no sólo en el interés de engañar a los revolucionarios sino también a la Comisión de Reemplazos de Cádiz, encargada de financiar la expedición que pretendía, y creía, estaba dirigida a la plaza rioplatense, que era la de mayor interés comercial de los gaditanos y de la que estaban sacando provecho los comerciantes británicos. Según los indicios que surgen de su investigación, el monarca habría tomado la decisión por Tierra Firme muy tempranamente, en el mes de junio, aprobándose oficialmente en octubre –en línea con el informe presentado por el Consejo de Indias– y reafirmando en las instrucciones fechadas el 18 de noviembre.<sup>15</sup> El autor plantea que la expedición partió a mediados de febrero de 1815 por las dificultades que implicó reunir los cuantiosos recursos que requería, y luego de descartar la explicación oficial dada varios meses después

<sup>13</sup> Michael COSTELOE, *La respuesta a la Independencia. La España imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1840*. México: FCE, 1989, p. 88.

<sup>14</sup> Edmundo HEREDIA, *Planes españoles para reconquistar Hispanoamérica (1810-1818)*. Buenos Aires: Eudeba, 1974, p. 154.

<sup>15</sup> “Instrucciones dadas a Morillo para su expedición a Costa Firme”, Madrid 18/11/1814, ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (AGI), Estado, 64.

sobre la “lastimosa situación” de las provincias de Venezuela, y la más habitual acerca de que el cambio fue consecuencia de la noticia sobre la caída de Montevideo, afirma que la versión del destino rioplatense fue un deliberado engaño pergeñado desde el comienzo.

110 Sin desechar de plano esta hipótesis, me pregunto si realmente se trató de una prolongada simulación, sostenida por largos meses en un círculo muy pequeño del gobierno español del que no es posible reconstruir quiénes fueron sus integrantes. Por cierto que la lógica del secreto en este tipo de tratativas y decisiones atenta contra una respuesta certera. Los archivos son esquivos sobre este tema, como admite el propio Heredia al iniciar su análisis: estamos –nos dice el autor– ante un enigma complicado de develar porque, en primer término, “las fuentes disponibles son insuficientes para reconstruir en forma completa el proceso de los preparativos de la expedición” y, en segundo término, porque los documentos posteriores evitan dar explicaciones convincentes, “como si se tratara de un tema prohibido”.<sup>16</sup> Frente a la falta de evidencias, el recurso de la impostura suele ser eficaz.

El enigma sigue, pues, abierto. Los estudios disponibles –hasta donde tengo conocimiento– no ofrecen una respuesta convincente a la pregunta obvia que queda flotando: ¿cuál fue la razón que condujo a Fernando VII a definir el definitivo rumbo de la flota si, como afirman los autores citados, la situación venezolana no era tan apremiante y si la noticia de la pérdida del bastión realista de Montevideo, además de arribar a España tardíamente, no fue definitiva en la toma de decisión? ¿Por qué el rey no se orientó a capitalizar la división producida entre los revolucionarios rioplatenses y las promesas de colaboración artiguistas, que comenzaron a arribar a la península a través de los informes de Villalba y de Carlota Joaquina desde Río de Janeiro? ¿Puede develarse el enigma limitando la pesquisa a las fuentes que han subsistido en los archivos españoles?

---

<sup>16</sup> Edmundo HEREDIA, *Planes españoles, ob. cit.*, p. 151.

Si bien Heredia no ignora los vínculos con otras potencias, su atención se concentra en la clásica mirada que coloca a la diplomacia inglesa en un papel central y excluyente. En tal dirección, bucea en la actitud del gobierno británico y afirma que no ha encontrado ningún testimonio que haga presumir el “tentador” supuesto sobre la injerencia de su diplomacia en este asunto. Por el contrario, reconoce que su gabinete “no descubrió la simulación” ni “planteó ninguna oposición” al destino rioplatense.<sup>17</sup> En efecto, de la compulsión de los archivos del *Foreign Office* se desprende que el gobierno de Gran Bretaña estaba convencido de que la empresa de reconquista arribaría al Atlántico Sur, como estaban convencidos en Brasil y en el Río de la Plata. Pero si desplazamos el foco de observación hacia los documentos que alojan los archivos luso-brasileños es posible encontrar nuevas pistas y poner en duda la versión de una prolongada simulación; o, al menos, es posible introducir una variable no contemplada por los estudios citados hasta aquí: a saber, las intrincadas tratativas que España y Portugal llevaron adelante en esos meses.

111

Concentrémonos, entonces, en esta segunda trama acontecimental para echar luz sobre las alternativas abiertas desde agosto de 1814, cuando el gabinete español comienza a negociar el apoyo de Portugal para su empresa bélica americana con la legación diplomática lusa en Madrid. La correspondencia del embajador José Luiz de Sousa con el ministro de estado portugués en Brasil, el marqués de Aguiar, da cuenta de esos contactos.<sup>18</sup> En el marco de esos primeros intercambios, Sousa le comunica a su gobierno que el ministro de estado español, el duque de San Carlos, le transmitió que, en consecuencia de las noticias recibidas de Montevideo, el gobierno había resuelto aumentar la tropa destinada al Río de la Plata a por lo menos ocho mil hombres y que “juzgaba preferible hacer arribar la expedición primero a Río de Janeiro y que S.M.C. esperaba de la amistad e íntima alianza que existe con S.A.R. para que su tropa hallase allí todos

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 161-163.

<sup>18</sup> J.L. de Sousa a Aguiar, Madrid 17/08/1814, ARCHIVO DEL MINISTERIO DE RELACIONES

los socorros y auxilios que pudiese precisar para proceder contra los insurgentes por mar y por tierra si las circunstancias así lo exigiesen”.<sup>19</sup> El embajador luso juzgó necesario fijar algunas condiciones; entre otras, que los gastos que demandaran las tropas no recayeran sobre el erario luso, que el gobierno español diera aviso con anticipación enviando una persona autorizada e instruida para tratar el asunto directamente con el príncipe regente, y que estaba pendiente la devolución de la plaza de Olivenza, en Extremadura, cedida por la corona portuguesa a España luego de la Guerra de las Naranjas que las enfrentó en 1801.

112

En un siguiente reporte, Sousa informó a su gobierno que el rey de España habría escrito y firmado una carta dirigida al príncipe regente de Portugal relativa a la expedición destinada a Montevideo que sería conducida por un enviado extraordinario. Esta misiva está fechada el 12 de octubre, cinco días después de haber sido designado José María Salazar para esa misión, donde se agregaba lo siguiente: “Parece que en esta carta S.M.C. declara positivamente a S.A.R. su resolución de restituirle Olivenza y su territorio, esperando S.M.C. de la buena fe y amistad de su Augusto hermano, que le restituirá igualmente aquella porción de territorio en la América Meridional que se hubiese reunido al Brasil después de los Tratados de límites de 1777 y 1778”.<sup>20</sup> Las tratativas de una alianza contrarrevolucionaria en América estaban en marcha y, aunque revelaban los intentos de ajustar cuentas pendientes entre ambos gobiernos, era la alternativa más potente para aplastar la amenaza insurgente.

Las negociaciones se desplegaron no sólo en Madrid sino también en el Congreso de Viena. Las legaciones de España y Portugal arribaron a la capital austríaca en el mes de septiembre para las reuniones preparatorias

---

EXTERIORES, ITAMARATY (AMRE), *Legação em Madrid (1814-1819)*, Oficio n°3, rollo 81.

<sup>19</sup> J.L. de Sousa a Aguiar, Madrid 28/9/1814, AMRE, *Legação, ob. cit.*, Oficio n° 8, rollo 81.

<sup>20</sup> J.L. de Sousa a Aguiar, Madrid 12/10/1814, AMRE, *Legação, ob. cit.*, Oficio n° 9, rollo 81.

y muy pronto comenzaron sus gestiones. Los representantes portugueses procuraron desplazar la restitución de Olivenza a la corte de Madrid, pero le previnieron reservadamente a Sousa que “jamás ofrezca ni prometa para eso la devolución a España de las Siete Misiones, ni de ningún territorio al sur de Brasil por ser esta cesión diametralmente opuesta a las vistas de S.A.R. y sus nuevas instrucciones”.<sup>21</sup> Las disputas que arrastraban las coronas ibéricas en los territorios coloniales emergían en las tratativas, asociadas a la secular voluntad de Portugal de convertir a la región oriental del Río de la Plata en el límite natural de sus dominios. Disputas que no habían quedado zanjadas con el Tratado de San Idelfonso de 1777 y que se reavivaban en el nuevo contexto de la restauración al tratarse de la región que, estando ahora en manos de los revolucionarios, España pretendía reconquistar.

113

En un informe fechado el 24 de noviembre, los plenipotenciarios lusos se reportaron directamente al gobierno de Brasil sobre las tratativas que llevaban adelante en Viena y subrayaban las dificultades que afrontaban las negociaciones. La primera era que Portugal, por su posición geográfica, confinaba casi exclusivamente con España en ambos hemisferios, lo cual constreñía cualquier política multilateral de compensaciones. La segunda consideraba como muy poco probable que España, sin la intervención de otras potencias, les restituyese Olivenza y no se sintiera autorizada a reclamar las Misiones del Uruguay. La tercera apuntaba a que la correspondencia del embajador Sousa no les daba “mucho esperanza de un feliz resultado”; las promesas que el gobierno español les hacía eran vagas, “y parecen únicamente dirigidas a ganar tiempo y a granjear una buena recepción en Brasil a la expedición que pretenden enviar a Buenos Aires”.<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> C. de Palmela, A. de Saldanha da Gama y J. Lobo a J.L. de Sousa, Viena 30/10/1814, AMRE, *Legação*, ob. cit., Anexo de Oficio n° 16, rollo 81.

<sup>22</sup> C. de Palmela, A. de Saldanha da Gama y J. Lobo a Aguiar, Viena 24/11/1814, AA, t. XXX, pp. 1-5.

Las negociaciones diplomáticas continuaron bajo un total hermetismo en el desdoblado escenario transatlántico que triangulaban Madrid, Viena y Río de Janeiro y se reforzaron a través de contactos informales. En esos meses, Fernando VII le envió sucesivas misivas a su hermana, la infanta Carlota, “pidiendo buena acogida para la expedición que saldría de Cádiz en dirección a Buenos Aires, debiendo hacer escala en Río de Janeiro”.<sup>23</sup> En el mismo sentido, el marqués de Casa Irujo –embajador español en Brasil entre 1809 y 1812– le escribió a la princesa a fines de diciembre con el fin de solicitarle, por su intermedio, “el auxilio de D. João para la expedición que saldría de Cádiz, bajo el comando del General Pablo Morillo, para combatir a los insurgentes en la región del Plata”.<sup>24</sup> Por otro lado, se confirmaba la misión encargada a José María Salazar para trasladarse a Río de Janeiro, en cuyas instrucciones, fechadas el 22 de noviembre, se lo conminaba a averiguar sobre la situación del Río de la Plata ante la inminente expedición “que Su Majestad ha determinado dirigir contra Buenos Aires y Montevideo”, cuál sería el punto más ventajoso para encaminar las operaciones y los recursos que podían hallarse en los dominios portugueses. El enviado debía procurar “con la prudencia y pulso convenientes, el modo de pensar de los portugueses, y su disposición con respecto a nosotros y a los insurgentes de Buenos Aires”.<sup>25</sup> Salazar se embarcó rumbo a Brasil a comienzos de 1815 para cumplir con su misión.

La documentación citada hasta aquí es, por supuesto, sólo una parte de los intercambios que entablaron España y Portugal en esos meses de febriles negociaciones, en los que se delineaba la alternativa de una coalición contra revolucionaria luso-hispana. Más allá de que en

<sup>23</sup> Fernando VII a Carlota Joaquina, Madrid 28/8/1814, 26/9/1814 y 27/11/1814, ARQUIVO DA CASA IMPERIAL DO BRASIL, Petrópolis (ACI), I-POB-19.4.814-F.VII.E.c 1-5.

<sup>24</sup> Casa Irujo a Carlota Joaquina, Madrid 26/12/1814, ACI, I-POB-26.12.814-Yu.c.

<sup>25</sup> P. Cevallos a Metrópolis. Villalba, Madrid 22/11/1814, ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL, Madrid (AHN), Estado, n° 5842.

dichos intercambios salieron a la luz las tensiones que atravesaron los vínculos entre las monarquías ibéricas, lo cierto es que tal alternativa de alianza aparecía como la opción más verosímil. Es decir, no sólo todos estaban convencidos de que Morillo arribaría al Río de la Plata sino que recibiría el apoyo de la monarquía portuguesa, unida a España por lazos dinásticos y por la reciente guerra anti napoleónica. La posición adoptada por los artiguistas de buscar la protección de Portugal, rendir fidelidad a Fernando VII, y prometer auxilios a la pronta expedición de Morillo, no fue ajena a esa proyección. El mismo temor exhibió el gobierno de Buenos Aires, que también envió una misión diplomática a Río de Janeiro para sondear si existía un acuerdo entre ambas coronas para enfrentar conjuntamente a los focos rebeldes.

En este punto confluyen, pues, las dos tramas expuestas: la que involucra a los divididos focos revolucionarios rioplatenses y la que remite a las monarquías ibéricas. Dos tramas que se vieron interrumpidas por el derrotero final de la Expedición Pacificadora, a la que continuaron esperando en el Atlántico Sur hasta el mes de junio, sin saber que Morillo había desembarcado en Venezuela en el mes de abril. Dos tramas que ponen de relieve algunas cuestiones historiográficas que es oportuno destacar.

La primera nos regresa al interrogante formulado inicialmente: ¿estamos frente a una gran impostura por parte del gobierno español, o ante cálculos realizados sobre la marcha, en base a reportes secretos y noticias que viajaban con ritmos que estaban lejos de poder seguir los vertiginosos realineamientos de fuerzas? Si bien no podemos descartar de plano la hipótesis de la impostura sobre el cambio de rumbo de la expedición, sí podemos matizar las versiones mejor instaladas y revisar las temporalidades en los procesos de toma de decisiones. Desde ese ángulo, es posible postular que, tal vez, hubo mayor margen de duda en el Palacio Real de Madrid, y que ese margen se explicaría por la ambigüedad que en sus respuestas mantuvo el gobierno portugués respecto de los pedidos de auxilio para que Morillo recibiera su apoyo en Brasil. La demora en

hacer zarpar la expedición, que habitualmente se atribuye a la carencia de fondos suficientes, podría responder también a esa larga espera.

Si no fuera así, ¿por qué el gobierno español empeñaría todo su esfuerzo en llevar adelante las tratativas con el embajador luso en Madrid y desplegaría negociaciones en el Congreso de Viena? ¿Por qué Fernando VII asumiría de manera personal la iniciativa de escribirle a su hermana Carlota Joaquina para solicitar su intervención ante el príncipe regente en pos de lograr el apoyo para la inminente empresa militar? El hecho, incluso, de que el destino ya estuviera fijado en las instrucciones expedidas en noviembre de 1814 no significa que no se pudiera cambiar *a posteriori* si la decisión era sostener la alternativa rioplatense. Pero para sostener ese destino era necesario contar con una respuesta inequívoca por parte de Portugal luego de la pérdida de Montevideo. Y esa respuesta de lealtad indeclinable hacia su vecina aliada llegó después de tomar conocimiento del cambio de rumbo, incluso sin tener todavía precisiones del lugar de desembarco.

116

Así lo demuestra la larga misiva que, a fines de mayo de 1815, el embajador portugués en Madrid le dirigió al ministro de estado, Pedro Cevallos, en la que le comunicaba que a su soberano, el príncipe regente, le había causado gran satisfacción que “el gobierno español se ocupaba de mandar tropas al Río de la Plata”, y destacaba que si la expedición hubiese llegado al destino inicialmente previsto, Portugal habría aportado todas las provisiones necesarias en cualquier puerto de Brasil, y justificaba el asilo otorgado a las fuerzas artiguistas por su declaración de fidelidad al monarca y a España. La carta concluía reafirmando que “a pesar de saber ahora el diferente destino que llevó la expedición del General Morillo”, el príncipe no puede omitir esta “prueba inequívoca de lealtad y de íntima amistad” a su Majestad Católica para “consolidar cada vez más la armonía que felizmente subsiste entre los dos Soberanos”.<sup>26</sup> El reporte, en verdad,

<sup>26</sup> J.L. Sousa a P. Cevallos, Madrid 25/5/1815, AA, t. XXX, pp. 228-232.

no era una repuesta al monarca español sino una extensa justificación *ex post* de las ambiguas declaraciones, evasivas y obstáculos que interpuso el gobierno luso durante esos meses de atribuladas negociaciones. Mientras tanto, el príncipe regente reforzaba sus fronteras en el sur de Brasil, destinaba tropas desde Portugal, y mantenía un cauto silencio en sus declaraciones públicas, mirando siempre los codiciados territorios en disputa en el margen oriental del Plata.

Desde esta perspectiva, y aun cuando no podamos dar una interpretación concluyente sobre la supuesta escenificación de una farsa sostenida por España durante largos meses, la relevancia del asunto no reside tanto en descubrir las fechas exactas de las decisiones tomadas –un descubrimiento cuanto menos complicado o imposible– ni en establecer si se trató de una deliberada simulación, sino en explorar –como adelanté al comienzo– las tramas que desató. Desde esas tramas, cabe especular que en la decisión final de España de optar por Tierra Firme habría incidido la incertidumbre acerca de cuáles serían los apoyos logísticos concretos que recibiría de Portugal, como asimismo la desconfianza que le despertaba la alianza reciente que las unía en una región secularmente disputada. A su vez, sin la colaboración en recursos por parte de la corte de Braganza –especialmente en puertos brasileños, caballadas y stock ganadero– la recuperación del Río de la Plata se presentaba difícil. Hasta allí, Fernando VII parecía dispuesto a restituir Olivenza pero no a negociar los territorios meridionales americanos. La estrategia que definió el rey fue dejar en suspenso la cuestión platense, a la espera, posiblemente, de avanzar en negociaciones con Portugal para una futura empresa de reconquista.

El gobierno de Portugal, por su parte, decidió no entrar en el juego. El príncipe regente retrasó las respuestas concluyentes que esperaba el rey de España y se negó a apoyar con recursos a los artiguistas para atacar Buenos Aires y colaborar con la flota de Morillo. Entre lo que podía ganar o perder en cualquier movimiento del tablero, el gobierno luso optó por la neutralidad que, en ese momento, parecía ser la ficha más rendidora; al

menos lo era mientras España no aceptara un reparto restaurador de las fronteras rioplatenses. Intervenir en el conflicto en nombre de la defensa común del absolutismo y del legitimismo, sin recibir nada a cambio, no representaba una alternativa apetecible para Portugal.

La segunda cuestión que merece una reflexión atañe a las posiciones adoptadas por los sectores revolucionarios en esa precisa coyuntura. En este sentido, así como la decisión del cambio de rumbo de la expedición de Morillo fue leída en clave de impostura, las gestiones llevadas adelante por los líderes artiguistas y por el gobierno de Buenos Aires frente a la amenaza de su inminente arribo al Río de la Plata también fueron leídas en esa clave por las historiografías canónicas. La voluntad de sumisión a España que expresó Otorgués, al proclamar fidelidad al monarca español y prometer su auxilio a los realistas en contra de los porteños, hablando siempre en nombre de Artigas, y la actitud más ambigua del líder oriental pero no menos dispuesta a negociar con Portugal, han sido interpretadas como un simulacro. Según el historiador uruguayo Juan Pivel Devoto se trató de “un recurso de circunstancias, ardid de guerra, fingimiento político a que se apeló para salvar el destino de la revolución oriental amenazado por el espíritu de conquista del Directorio que retenía la plaza de Montevideo; el riesgo de la expansión lusitana y las imprevisibles derivaciones de los planes punitivos de Fernando VII.”<sup>27</sup>

Un guión similar presentan las visiones tradicionales de la historiografía argentina al analizar la misión enviada a Río de Janeiro a cargo de Bernardino Rivadavia y Manuel Belgrano, calificada por muchos como una “simulación monárquica”.<sup>28</sup> Aunque menos extrema que la de los líderes orientales en su voluntad explícita de sumisión, pero abierta a encontrar un nuevo vínculo con España, o la protección de alguna de las potencias europeas, la misión porteña –cuyo destino final era Europa–

<sup>27</sup> Juan PIVEL DEVOTO, “Advertencia”, *Archivo Artigas*, t. XVIII, Montevideo: Imprenta Monteverde, 1981, p. XVII.

<sup>28</sup> Carlos CORREA LUNA, *Rivadavia y la simulación monárquica de 1815*, Buenos Aires: El Ateneo, 1929.

fue interpretada como “pantalla” o estrategia de distracción para ganar tiempo ante sus enemigos.

Con diferentes variantes en ambas márgenes del Plata, las reconstrucciones de estos episodios han estado alimentadas por los mitos de origen de nuestras naciones que colocaron a la independencia como una voluntad omnipresente e irrenunciable. En esa matriz, el recurso de la impostura ha sido siempre un buen atajo para salvar o justificar conductas consideradas moralmente reprobables, o cuanto menos incómodas, para las memorias consagradas en los respectivos panteones de héroes. Memorias e interpretaciones que contrastan con las tratativas proyectadas sobre la sombra de la hipótesis que resultó fallida.

Si observamos los realineamientos de fuerzas producidos en aquella convulsa coyuntura comprobamos que los principios y valores en los que se supone se sostenía la lucha –revolucionarios versus contrarrevolucionarios– quedaron suspendidos o, cuanto menos, supeditados a objetivos muy concretos. Tanto para los agentes que representaban el regreso del absolutismo más reaccionario como para los que encarnaban las tendencias más radicales de la revolución, las posibles alianzas no repararon en máximas ideológicas irrenunciables sino en cálculos tácticos que ponían en el centro de la escena disputas cruzadas. En esta dirección, en un agudo ensayo sobre la situación rioplatense, los historiadores Gabriel Di Meglio y Alejandro Rabinovich afirman que desde fines de 1814 la suerte de la revolución estuvo en buena medida en manos de Artigas, ya que si hubiera aceptado los ofrecimientos de los agentes españoles de unir sus fuerzas a las de Morillo se habría “presentado a Buenos Aires un dilema de muy difícil solución”.<sup>29</sup>

La reflexión de los autores citados invitaría a interrogarnos, en clave

---

<sup>29</sup> Gabriel DI MEGLIO y Alejandro RABINOVICH, “La sombra de la Restauración. Amenazas militares y giros políticos durante la revolución en el Río de la Plata, 1814-1815”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, n°15, 2018, pp. 59-78.

contrafáctica, sobre el escenario que nunca ocurrió: ¿qué habría sucedido si la casa de Braganza hubiese aceptado de entrada aliarse militarmente con Fernando VII y si, en esta hipótesis, la empresa militar de Morillo no hubiera cambiado su rumbo? Las dos tendencias revolucionarias enfrentadas: ¿habrían resistido separadas o concertando una alianza contra el enemigo común? ¿Los artiguistas habrían cumplido con las promesas realizadas en Río de Janeiro de unir sus fuerzas a los realistas a la espera de una negociación que les otorgara ventajas en los territorios disputados? No lo sabremos nunca, pero las fuentes disponibles pueden habilitar las diferentes alternativas.

120

Ese futuro que, contra todos los pronósticos de los actores involucrados, no se concretó en el Río de la Plata, se desplazó hacia Tierra Firme. Una vez allí, la expedición de Morillo desafió a sus habitantes a tomar decisiones cruciales respecto de los bandos en pugna. Daniel Gutiérrez Ardila, en un renovado enfoque, cuestiona las versiones canónicas que interpretaron en términos binarios las consecuencias del proceso de restauración en Nueva Granada. A tal efecto sostiene que, además de dividir el universo de actores entre víctimas y victimarios, es preciso agregar “a los hombres que supieron cambiar de piel sucesivamente al vaivén de las connotaciones políticas”.<sup>30</sup> Sin negar la imagen clásica de aquella restauración, con un incontestable y elevado número de ejecuciones, prisiones y destierros, afirma que “no es menos evidente que la inmensa mayoría de los hombres comprometidos en la revolución lograron convertirse con presteza en fieles vasallos del rey antes de ponerse con no menos celeridad la indumentaria de patriota en 1819”.<sup>31</sup> ¿Podría haber ocurrido algo similar si Morillo arribaba al Río de la Plata? Tampoco lo sabremos nunca. Buenos Aires y Montevideo tuvieron la fortuna de no ser reconquistadas y de evitarles a sus futuros

---

<sup>30</sup> Daniel GUTIÉRREZ ARDILA, *La Restauración en la Nueva Granada (1815-1819)*, Bogotá: Universidad del Externado de Colombia, 2016, p. 26.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, p. 33.